

Archisílabos (tercera entrega)

(*El País*, 16. 12. 2008)

Algún lector habrá que recuerde la serie que aquí inicié ¡hace ya trece años! y del que este artículo es su tercera entrega. Me había empeñado en reunir esas palabras que se van incorporando al uso cotidiano del hablante y que, preferidas por su mayor largura o inventadas a fuerza de estirar el número de sus sílabas, bauticé como *archisílabos*. Aún siguen rodando, y con tal naturalidad que ya casi nadie reconoce ni usa el vocablo más corto del que procede o al que viene a suplir. Si entonces recopilé cerca de doscientos, ahí va otro buen puñado de archisílabos que quedaron sin mencionar.

Echemos la red en ese caladero de términos que nacen de pegar a otro la desinencia *-ción*. Así obtendremos la *limitación* en lugar del “límite”, la *estimulación* para indicar el mero “estímulo” (lo mismo que la *incentivación* ha dejado atrás al artificioso “incentivo”), la *formulación* por la “fórmula” o la *capacitación* en vez de la “capacidad”. La “compatibilidad” de funciones se dobla para algunos en *compatibilización*, ahí es nada. Somos objeto de *actuaciones* administrativas, es decir, de algo más que simples “acciones”. El médico nos da una *citación* y no una “cita” vulgar. En la calle no leemos “rótulos”, sino *rotulaciones*, de parecida manera a como el hombre del tiempo anticipa que habrá “lluvias”, sí, pero sobre todo *precipitaciones*.

¿Y por qué volver a los gastados “nombres” cuando tenemos a mano las *denominaciones*? A ver quién se contenta con una “característica” si puede pronunciar *caracterización*, o con un “enunciado” teniendo al lado una *enunciación* o con un rápido “contraste” estando ya dispuesta la *contrastación*. Les juego doble contra sencillo a que descubren por todas partes individuos con *motivaciones*, pero sin apenas “motivos”. Ya verán cómo la *complementación* acaba engullendo al “complemento”, la *expoliación* al “expolio” o la *exterminación* al exterminio. Quien esto firma ha escuchado *renunciaciones* en vez de “renuncias” y hace poco dio un respingo al

enterarse de que una empresa había alcanzado una *mejorización*, que no “mejora”, de sus resultados. Rizando el rizo, en cierto impreso oficial se escribe *exceptuación* para señalar una “excepción”.

Los verbos ofrecen un buen pasto a la afición archisilabizadora. Ahora nos prestamos a *referenciar*, para no ponernos a “referir”, “aludir”, “citar” o “nombrar”, que son términos más humildes por más breves (y, en lugar de lo referido, etc., lo *referenciado*). O a *regularizar*, cuando a menudo lo propio sería “regular” y hasta “reglar”. O a *sobredimensionar*, para evitarnos “ampliar” o “exagerar”, lo mismo que hay que *hostilizar* al contrario que hasta ahora nos limitábamos a “hostigar”. No nos conformamos con el modesto “formar” lo que haga falta y recurrimos en cambio al *conformar* (y es que la *conformación* deja en la boca un regusto más rotundo que “forma”). El *comportarse* de un modo u otro ha vuelto casi ridículo al “portarse”, el *desvincular* debe prevalecer sobre el “desatar” o “separar” y *penalizar* exhibe el empaque que le falta a “castigar”. ¿Y aún no han oído *repcionar* para dar lustre a los trillados “recibir” o “acoger”?

George Orwell ya sabía algo de este fenómeno y no dejó de denunciarlo en su día. Lo que pasa es que la regla que dictó para la buena prosa en inglés (“Nunca use una palabra larga donde pueda usar una corta”) parece que no vale hoy para el hablante ordinario de español. Ni siquiera para los sumos sacerdotes de la palabra pública, el político y el periodista. Contagiados de la jerga empresarial, solemos *priorizar* alguna tarea respecto de otras, porque no nos basta con “primar” esa tarea. Pero también nos conviene *flexibilizar* nuestras posiciones, que es como “adaptarlas” o “amoldarlas” a lo necesario, a fin de no *tensionar* -o sea, “tensar”- las cosas y evitar esos *tensionamientos* que antes eran “tensiones”. Que a nadie se le ocurra “interactuar” con otros, porque ahora se lleva *interaccionar*, ni “objetivar” una situación cuando está en sus manos *objetivizarla*. Les gustará saber que hay quienes se dedican a *compartimentalizar* sus trabajos. Y en cuanto me entere de qué significa *modelizar* o *sustancializar*, se lo cuento.

Llevo años indagando el misterio de que la gente, tan poco dada a vicios intelectuales, se pase el día disfrutando en medio de abstracciones como éstas que colecciono. Porque habrán notado que las personas ya no gozamos de “crédito” (salvo del bancario, en todo caso), sino de *credibilidad*, ni cometemos “faltas”, “delitos” o “deslices”, sino como mucho *irregularidades*. Donde antes se palpaba el “peligro”, ahora todo se carga de *peligrosidad*, lo mismo que el pedante ya no relata un “hecho” sino más bien una *facticidad*. ¿Qué había en nuestra relación personal, *afectividad* o un simple “afecto”?; y el temblor colectivo que aquel día nos invadió, ¿era de “emoción” o de *emotividad*? Cuando algún engranaje de nuestro organismo falla, ¿hemos sufrido una “disfunción” o suena mejor una *disfuncionalidad*? Quizá no me crean, pero hay estiramientos verbales que convierten al “significado” (ya travestido como *significación*) en pomposa *significatividad* y al “atractivo” de alguien o de algo en una *atractividad* irresistible...

No piensen que hemos agotado la cosecha de archisílabos. Se reproducen a diario. Cuando se informa de que una manifestación ciudadana tuvo un *seguimiento* de tantos miles, quiere decirse que suscitó una “respuesta” o “adhesión” así de numerosa; hay muchas comisiones llamadas de seguimiento porque esta voz le gana en sílabas a “control”, que es el cometido encargado a tales comisiones. Tampoco hacemos “méritos”, sino *merecimientos*, unos méritos más largos; y una “acogida” muda con frecuencia en *acogimiento*. Cualquier “aumento” del número de parados o de algún índice económico queda al instante transformado en *incremento*. Para no abrumarles, me aceptarán en fin que el adjetivo *existente* (y no digamos lo *realmente existente*) o está de más o equivale a “real” y “presente”. Claro que mi versión de todo esto, más que “aproximada”, resulta tan sólo *aproximativa*...

Así las cosas, rebosantes de términos ampulosos, nuestros discursos se vuelven a un tiempo más largos de palabras y menos sobrados de ideas. Váyase lo uno por lo otro, dirán los necios, aunque me temo que lo uno busca tan sólo encubrir lo otro.

